

Breve historia de la narrativa colombiana Siglos XVI-XX

Sebastián Pineda Buitrago

Colección Espacios



Breve historia de la narrativa colombiana
Siglos XVI-XX

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Ciencias Sociales y Humanidades

COLECCIÓN ESPACIOS

Breve historia de la narrativa colombiana
Siglos XVI-XX

Sebastián Pineda Buitrago



Pineda Buitrago, Sebastián, 1982-

Breve historia de la narrativa colombiana: Siglos XVI-XX / Sebastián Pineda Buitrago. - Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2012.

384 p.; 24 cm.

Incluye bibliografía e índice.

1. Literatura colombiana - Historia y crítica - Siglo XVI-XX 2. Autores colombianos - Crítica e interpretación - Siglo XVI-XX 3. Crítica literaria - Colombia - Siglo XVI-XX I. Tít.

Co860.9 cd 21 ed.

A1369624

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis-Ángel Arango

© Sebastián Pineda Buitrago

Primera edición, 2012

© Siglo del Hombre Editores

Cra. 31A n.º 25B-50

PBX: (57-1) 3377700

Fax: (57-1) 3377665

Bogotá, D. C. - Colombia

www.siglodelhombre.com

Diseño de carátula

Alejandro Ospina

Conversión a libro electrónico

Cesar Puerta

e-ISBN: 978-958-665-237-7

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Primera parte NARRATIVA COLONIAL

La conquista de la escritura

Primeras crónicas de ficción

El Carnero (1638), o el desencanto de las Indias

El misticismo de la Madre Josefa del Castillo: críticas al imperio religioso

Breve mención de *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*

Narrativa de la Ilustración

Primeras crónicas con lenguaje científico

La narrativa de la Expedición Botánica y de Francisco José de Caldas

Segunda parte NARRATIVA DEL SIGLO XIX

La invención de Colombia

Orígenes de la narrativa de ficción en la era republicana

Los cuadros de costumbres, principios de la novela realista

La revista *El Mosaico*

Manuela, de Eugenio Díaz

Manuel María Madiedo

Josefa Acevedo de Gómez
Soledad Acosta de Samper
José María Samper
Felipe Pérez
María, de Jorge Isaacs
Una variación de *María: Tránsito*, de Luis Segundo de
Silvestre
Novelas y crónicas “políticas”
Reminiscencias de Santafé y Bogotá, de José María
Cordovez Moure
Otros cronistas narrativos
Epílogo. La Regeneración combatió la libertad de la novela

Tercera parte EL MODERNISMO NARRATIVO

Una revolución filológica
La lucha entre el lenguaje centralista y el federalista
De la prosa periodística a la prosa de ficción
La prosa de “El Indio Uribe”
La prosa de José María Vargas Vila
La prosa de José Asunción Silva
La prosa de Tomás Carrasquilla
Consolidación del cuento moderno en Tomás Carrasquilla
Clímaco Soto Borda, narrativa de la Bogotá bohemia
Novelas del cosmopolitismo bogotano
De sobremesa, o la novela del artista latinoamericano
El impacto de la muerte de Silva
Vargas Vila, o la novela del artista perverso
Novelas de artistas cristianizados
La *Pax* perpetua de Lorenzo Marroquín
Narrativa del criollismo antioqueño
Novelas de Tomás Carrasquilla
La influencia de Carrasquilla
Las novelas del artista de provincia

Cuarta parte
ENTREGUERRAS O ENTRE LAS VANGUARDIAS:
1914-1945

Razones de una ausencia aparente

Luis Tejada: ademanes vanguardistas desde el periodismo

Enfoque antropológico de las vanguardias

Antecedentes antropológico-literarios

La revolución poética de Rivera en *Tierra de promisión*
(1921)

Posibles rasgos vanguardistas en *La vorágine*

El mensaje de *La vorágine*

Las novelas de la selva de César Uribe Piedrahita

Risaralda (1935), de Bernardo Arias Trujillo

4 años a bordo de mi mismo, de Eduardo Zalamea Borda: la
novela del mar

La narrativa antioqueña bajo una lente antropológica

Efe Gómez, el cuentista-minero

José Restrepo Jaramillo: la psicología del montañero
antioqueño

Fernando González, o los excesos del criollismo

Saturación del criollismo

La ciudad —Bogotá— bajo la lente antropológica-literaria

Las novelas de José Antonio Osorio Lizarazo

La selva de la burocracia: *Una derrota sin batalla* (1935)
de Luis Tablanca

Narrativa psicoanalítica de José Félix Fuenmayor

Quinta parte
NARRATIVA DE MEDIADOS DEL SIGLO XX
(1948-1965)

Del discurso sociológico a la narrativa de la violencia

La novela de la violencia: un subgénero confuso

Una poesía angelical (Piedra y Cielo) y una narrativa
diabólica (la violencia)
Saturación de la novela terrígena
Manuel Zapata Olivella
Caballero Calderón, o en busca de la provincia perdida
La violencia como expresionismo narrativo
Los expresionistas de la violencia
Renovaciones del tema de la violencia
Manuel Mejía Vallejo, entre lo experimental y lo tradicional
Elisa Mujica, la violencia vista a través de la mujer
El tema de “El bogotazo”
Epílogo: *Cóndores no entierran todos los días*,
de Gustavo Álvarez Gardeazábal

Sexta parte LA NARRATIVA DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Narrativa caribeña
Héctor Rojas Herazo
Álvaro Cepeda Samudio
Génesis literaria de García Márquez
La revista *Mito*
El periodismo nutre su narrativa
De la literatura fantástica al realismo mágico
Precursores de Macondo
Mezcla de género policial y de tragedia griega
El mundo de Macondo: de *La hojarasca* a *Cien años de soledad*
La hojarasca (1955)
El coronel no tiene quien le escriba (1958)
La mala hora (1961)
Los funerales de la Mamá Grande (1962)
Cien años de soledad (1967)
Los cuentos después de *Cien años de soledad*
El otoño del patriarca (1975)

Epílogo sobre la influencia de García Márquez

Séptima parte NARRATIVA DE FINALES DEL SIGLO XX (1970-1999)

Hacia una narrativa posmodernista
El nadaísmo en medio del orden degradado del Frente Nacional
Fanny Buitrago: breve reacción contra el *nadaísmo*
Marvel Moreno: heterodoxia femenina
El fenómeno juvenil de Andrés Caicedo
La narrativa erudita, o la transgresión inteligente
 La transgresión erótica en la narrativa de Pedro Gómez Valderrama
 Álvaro Mutis o lo gótico del trópico
La narrativa de síntesis de Germán Espinosa
 La saturación academicista
R. H. Moreno-Durán, entre el humor y el fárrago
Luis Fayad
La vaguedad de cierta narrativa de “compromiso” socialista
Óscar Collazos, del desarraigo o del des-compromiso
El descontento del posmodernismo
 Sin remedio, de Antonio Caballero: el descontento total
 La desazón total de Fernando Vallejo

Octava parte CAPÍTULO DE NOVEDADES (1999-2011)

Tendencia de la nueva narrativa colombiana
Narcotráfico y sicaresca: ¿narrativa de no-ficción o de ficción?
 Las crónicas de Germán Castro Caycedo
 Narrativa de Laura Restrepo
 Rosario Tijeras, de Jorge Franco Ramos

Cartas cruzadas, de Darío Jaramillo Agudelo
El olvido que seremos, de Héctor Abad Faciolince
Tomás González o la narrativa sencilla
Narrativa de la migración: ¿un nuevo subgénero?
La “nueva” narrativa urbana

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía selecta

Bibliografía teórica

A mis padres, a mi familia.

AGRADECIMIENTOS

Por puro “amor al arte” comencé a escribir este libro un día de junio del año 2003. La idea para escribirlo me la dio Josefina Torres, en un café de la Avenida Jiménez de Bogotá, por donde yo solía pasar con algunos amigos para sentarnos a conversar con el novelista Germán Espinosa. Mi primer agradecimiento va a la memoria de ellos dos.

Desde entonces este proyecto me ha acompañado como una aventura personal y se ha nutrido de las clases y enseñanzas que he recibido de múltiples profesores, investigadores y colegas a mi paso por el Departamento de Literatura y Humanidades de la Universidad de los Andes, por el Instituto Caro y Cuervo, por el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del csic en Madrid, España, y, especialmente, por el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México.

Sin la ayuda “indirecta”, que me brindaron las bibliotecas, hubiera sido imposible emprender cualquier investigación. La Biblioteca Luis Ángel Arango, con su completísimo acervo y su sala de libros raros y manuscritos, fue esencial en mi investigación. A ella, lo mismo que a la red de bibliotecas del Banco de la República en varias ciudades del país, va mi gran agradecimiento.

Doy especiales gracias también a Ángel Nogueira y a Eduardo Arcila, de Siglo del Hombre Editores, así como a su equipo editorial, sin quienes el proyecto inicial —lleno de baches e indecisiones— no se hubiera cristalizado en este libro.

La lista de amigos y colegas que me ayudaron, con su compañía y apoyo, durante el largo proceso de

documentación y redacción podría extenderse ampliamente, pero, a riesgo de dejar por fuera a muchos, me limito a los principales: Adolfo Castañón, Juan Manuel Roca, Edison Neira Palacios, Javier Ortiz Cassiani, Ricardo Abdahllah, Alma Karla Sandoval, Roberto Pinzón, Nathalie Rodríguez Sánchez, Samuel Serrano y Andrés Mauricio Muñoz Chaparro, entre otros.

Los archivos guardan los secretos del Estado; las novelas guardan los secretos de la cultura, y el secreto de esos secretos.

Roberto González Echevarría, *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*

La literatura es la más perceptible expresión de la complejidad histórica de un pueblo, la que le da conciencia de lo que es, cómo ha llegado a ser y lo que quiere llegar a ser.

Rafael Gutiérrez Girardot. *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*

La novela añade a la historia su tercera dimensión.

Nicolás Gómez Dávila.
Escolios a un texto implícito

PRÓLOGO

Comienzo por confesar mis límites. El principal es, desde luego, la inevitable visión personal: frente a la literatura se experimentan admiración, goce, reprobación, reconocimiento, aburrimiento, arbitrariedades y afinidades electivas, que llevan a escoger entre un amplísimo corpus como es el de la narrativa colombiana, solo algunos textos. Por lo tanto, muchas obras se quedaron por fuera de esta historia. No hay otra razón que los caprichos de la impresión personal. La relatividad del arte y de las cosas impide cada vez más establecer un registro universal de valores literarios o estéticos. También impide cualquier pretensión de formular un canon uniforme; tal pretensión se difumina ante la imposibilidad de comentar —de leer— todo lo que en narrativa (cuentos, novelas y crónicas) se ha escrito y se sigue escribiendo en Colombia. Me interesa, más que una *crítica particular* sobre autores individuales, una *crítica general* sobre la narrativa de una determinada época, es decir, la discusión, la comparación y el enfrentamiento de escuelas y corrientes literarias distintas, sin que en ningún momento niegue el valor individual de cada escritor. Al compararlos y enfrentarlos se descubre mejor su valor intrínseco. Me parece que en esto consiste la historia literaria en sí, en señalar los cambios entre una época y otra; en ofrecer una guía de viaje para quien desee visitar las —para mí— principales novelas o narraciones de una comunidad histórica llamada Colombia. Nunca se agotará la investigación crítica, y la inclusión de más obras y autores la haré conforme se dé una segunda edición y en torno a lo que diga la crítica de la crítica.

Ahora bien, ¿qué entender por un concepto tan amplio como “narrativa colombiana”? ¿Cómo considerar que una narrativa sea “colombiana”? ¿No resulta caprichoso hablar de lo colombiano como una especialidad cuando hay tantas historias de la literatura hispanoamericana o latinoamericana o en lengua española? Al revisar, por ejemplo, *The Cambridge History of Latin American Literature* (1996), se advierten cinco grupos lingüísticos y, cuando menos, otras tantas zonas de matiz literario que pueden o no corresponder a características nacionales.¹ Colombia toca el grupo lingüístico de los Andes, si bien con matices distintos a los de Ecuador y Perú, y se derrama al ámbito del Caribe, compartiendo características similares con Venezuela o Cuba. Narradores colombianos, desde Jorge Isaacs hasta García Márquez, han hablado siempre de una literatura latinoamericana o hispanoamericana, en lugar de manifestar una concepción colombianista. El concepto de nacionalidad —y el mismo nombre de Colombia— existe aproximadamente hace 200 años, pero la sociedad es anterior a esa declaración de nacimiento y hunde sus raíces en la Conquista, en la fundación de las primeras ciudades, siendo su principal vehículo de expresión el castellano, cuya narrativa data de hace más de mil años.² La idea es examinar qué narrativa ha hecho posible, desde el siglo xvi en que se llamaba Nueva Granada, la peculiaridad diferenciadora de Colombia como ente cultural, social y político desde el cual narrar. Como para ello resulta imprescindible situar la narrativa colombiana en su contexto continental, me he apoyado en el estudio del crítico cubano-estadounidense Roberto González Echevarría, *Mito y archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana* (primera edición, 1991).³ Y, por lo tanto, he preferido hablar de narrativa en lugar de “novela” como tal, por lo movedizo y cambiante de este género, y para incluir también relatos, cuentos y algunas crónicas.

La tesis principal de la teoría de González Echevarría es que la novela latinoamericana, por más fantástica o imaginativa que sea, se niega a nacer de la nada (de un documento *ex nihilo*) y se reafirma en una historiografía anterior, en archivos o documentos preestablecidos, con el deseo de revelar secretos acerca del origen y la historia de una cultura dada y con la capacidad proteica para cambiar y repudiar la ecuación conocimiento/poder que encierran esos secretos. Refuerzo esta tesis al consultar la teoría literaria de Alfonso Reyes (una de las más completas en lengua española), para quien no existe literatura (novela o relato de ficción) que viva sin alimentarse de la no-literatura en grado mayor o menor, es decir, que viva sin nutrirse de datos o discursos de otros campos semánticos, como las disciplinas sociales, políticas, científicas, filosóficas, etc.⁴ La teoría de González Echevarría plantea, desde la Conquista hasta mediados del siglo xx, tres discursos, disciplinas o campos semánticos como principales nutrientes de la narrativa latinoamericana:

1. *El discurso jurídico y religioso de la época colonial*, en el cual la crónica del bogotano Juan Rodríguez Freile, *El Carnero* (escrito en 1638 y publicado en 1859), representa su mayor mimesis o parodia.

2. *Las crónicas científicas de viajes del siglo xix*: tipo de discurso que comenzó a influir en Colombia a partir de la Expedición Botánica (1783-1808) y se manifestó en los textos que publicó Francisco José de Caldas (1768-1816), pasando por los cronistas-geógrafos de la Comisión Coreográfica de Agustín Codazzi, como Manuel Ancízar (1812-1882) o el novelista Felipe Pérez (1836-1891). Este tipo de discurso generó la fundación de la revista y tertulia *El Mosaico*, entre 1858 y 1872, con la idea de retratar —de narrar— las costumbres del país. Así aparecieron Eugenio Díaz, el autor de la novela *Manuela* (1858), o Soledad Acosta de Samper, autora de varios relatos sobre la vida de

la mujer en un siglo en el que estas carecían de muchas libertades. La mentalidad científica imperaba tanto en el siglo XIX, que aun un novelista como Jorge Isaacs, el autor de *María* (1867), recorrió la costa Caribe para rendir informes de posibles explotaciones carboníferas, y se internó en la Sierra Nevada de Santa Marta para realizar estudios etnográficos de las tribus indígenas que allí se encontraban.⁵

3. *El discurso antropológico de la primera mitad del siglo XX*: discurso que se advierte en *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, acompañado de un esfuerzo estético por simbolizar la fuerza de los llanos y la selva, por comprender la mentalidad del llanero y del indígena. A partir de *La vorágine* se desencadenaron, hasta mediados del siglo XX, una serie de novelas volcadas a explorar un país multiétnico, disperso en multitud de regiones.

El Carnero de Rodríguez Freyle, uno de los textos narrativos más relevantes del periodo colonial, nunca se ha considerado una novela en sí, sino más bien una “narración” a medio camino entre la crónica historiográfica y la retórica notarial. Y así, sin ser una novela sino una serie de procesos judiciales, todo allí (hasta la brujería) suena más fidedigno y tiene un sentido de mayor autoridad.

En América Latina, según González Echevarría, “las narrativas más relevantes no son novelas (pero parecen serlo) o son novelas que pretenden ser otra cosa”.⁶ Al comienzo de *La vorágine* (1924) una de las novelas más denunciadoras de nuestra historia literaria, José Eustasio Rivera aclara que él solo funge como editor del manuscrito de Arturo Cova, el protagonista-narrador, sin poderle pedir explicación alguna y abandonándonos a los hechos que nos relata; y esos manuscritos poseen la información de los informes oficiales que Rivera redactó como comisionado del Congreso para precisar los límites con Brasil y Venezuela en 1923, durante su viaje por las selvas de Vichada y el

Guainía. La lógica de apoyar la ficción en el archivo, para que esta sea más fidedigna, opera en otra obra cumbre de la narrativa colombiana, *La tejedora de coronas* (1982), si pensamos que Germán Espinosa consultó los anales de la Inquisición de Cartagena, las memorias militares de navegantes franceses, la documentación secreta de las primeras logias masónicas, para imaginar cómo una mujer cartagenera del siglo XVIII transgredía el poder establecido. González Echevarría celebra que su *teoría* funcione asimismo en obras tan actuales como *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, pues allí se sigue parodiando el dominante discurso legalista. El protagonista-narrador va a la morgue de Medellín en busca de su amante sicario, donde se topa con el acta del levantamiento del cadáver (con un documento jurídico), sorprendiéndose con la precisión de los términos y la convicción del estilo, al punto de afirmar, lleno de ironía, que “los mejores escritores de Colombia son los jueces y los secretarios de juzgado, y no hay mejor novela que un sumario”.⁷

Como el imperio español fue ante todo un imperio legalista, el lenguaje jurídico ha dominado la narrativa latinoamericana desde la Conquista. Basta revisar las sucesivas constituciones de nuestros países (la última en Colombia se firmó en 1991) y sus sucesivas enmiendas; basta observar cómo el Derecho fue durante muchos años la profesión más estudiada entre los escritores.⁸ A veces otros discursos, con otro tipo de lenguaje, nutrieron también la narrativa latinoamericana.

De hecho, la Independencia no se explica sin la presencia del lenguaje de la ciencia o de la Ilustración. Los primeros escritos de los naturalistas, como Humboldt y José Celestino Mutis, trajeron una nueva mentalidad, la de la Ilustración, y solicitaron un lenguaje que pusiera más atención en los accidentes del paisaje, en la flora y en la fauna, en la psicología social del individuo, antes que en la formulación de leyes y códigos para la vigilancia moral o religiosa. Los

artículos que el naturalista payanés Francisco José de Caldas documentó de la Expedición Botánica y que publicó en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (entre 1808 y 1809) significaron una toma de conciencia de la naturaleza tropical. La naturaleza dejó de ser el reino de las alimañas, tal como lo entendía una anacrónica visión medievalista, y pasó a convertirse en una fuente de riqueza y, entre los literatos, de inspiración poética.

Yngermina o la hija de Calamar: novela histórica, o recuerdos de la conquista, 1533 a 1537, con una breve noticia de los usos, costumbres y religión del pueblo de Calamar, publicada en la isla de Jamaica en 1844, se tiene como la primera novela colombiana del periodo republicano. La escribió el político costeño Juan José Nieto, y a juzgar por el título se advierte cómo su novela está nutrida de la historiografía y de cierto discurso etnográfico proveniente del lenguaje de la Ilustración. Algo de esta mentalidad naturalista, etnográfica, se respira también en *María* (1867), la novela cumbre del siglo XIX en Colombia. Allí se notan la emoción y el interés del protagonista Efraín en describir el paisaje de su hacienda en el Valle del Cauca, o las orillas selváticas del río Dagua cuando lo remonta desde el océano Pacífico. Además, el novelista Jorge Isaacs fue uno de los colombianos del siglo XIX más comprometidos con comprender un país diverso y heterogéneo. Se interesó en la vida y la mitología de las tribus indígenas en la Sierra Nevada de Santa Marta, y rindió informes sobre minas y rutas comerciales de la costa Caribe. Muchos críticos insisten en que su novela *María* ha contribuido a la “fundación nacional”, a atornillar los lazos de una “comunidad imaginada”.⁹ Pero olvidan, al mismo tiempo, cómo en su momento chocó contra el absolutismo político de Miguel Antonio Caro, el hacedor de la Constitución de 1886, para quien el Estado (¿el país?) solo podía ser centralista, católico y rancieramente hispánico.

Una lectura de la novelística del modernismo — a finales del siglo xix y a principios del xx— devela los conflictos políticos, sociales, culturales e ideológicos entre las dos regiones más habitadas de Colombia: Bogotá y Antioquia; es decir, el conflicto entre el centralismo y el federalismo. La disputa se inició en el plano del lenguaje poético desde cuando Gregorio Gutiérrez González declaró en el prólogo de su poema *Memoria científica del cultivo del maíz en los climas cálidos del estado de Antioquia* (1866) que él no escribía “español sino antioqueño”.¹⁰ Esta declaración de “independencia” lingüística fascinó al cuentista Tomás Carrasquilla, quien no reparó en poner patas arriba la pretensión de los académicos. A cambio de adecuarse al molde de un lenguaje homogenizado, Carrasquilla acogió las variaciones regionales y adaptó el flujo rítmico del acento popular antioqueño a su prosa.

Así se modernizó la narrativa colombiana: permitió que el narrador y los personajes se expresaran con mayor realismo. Permitió poner coto al costumbrismo tradicional, heredado de la revista *El Mosaico* de José María Vergara y Vergara. Esta revista privilegiaba el cuadro de costumbres, que era, según Rafael Gutiérrez Girardot, “esencialmente tradicional y conservador, y no solamente un supuesto género literario sustituto de la novela”.¹¹ No es gratuito que los primeros cuentos de Carrasquilla, “Simón el mago” (1887) y “En la diestra de Dios Padre” (1897), suelen aparecer en antologías del cuento moderno hispanoamericano, y que sigan leyéndose e interpretándose por encima de sus novelas, que acusan demasiado regionalismo.

Una revisión de Tomás Carrasquilla, por cierto, también implica aceptar que hubo una literatura regional limitada al área de Antioquia, pero sin olvidar que se enfrentó a un tipo de narrativa cosmopolita, mundana, que se practicaba en Bogotá, la capital. La narrativa colombiana presenta varias heterogeneidades. Por ejemplo, en 1896 José Asunción Silva

escribía en Bogotá *De sobremesa*, una novela llena de referencias intelectuales y ambientes europeos, refinadísimos, mientras al mismo tiempo, también en la capital, Tomás Carrasquilla publicaba *Frutos de mi tierra*, una novela en torno a las costumbres más criollas de la provincia de Antioquia. No podía haber visiones más opuestas. Por lo tanto, resulta ilusorio agarrar el *Zeitgeist* (el espíritu de la época), pues existen muchos “espíritus de la época” que crean, admiten, objetan o presentan rumbos, líneas, u orientaciones que se desprenden de un determinado momento histórico. No debería haber una contradicción en lo regional y lo universal. Nada de universalidad pierde la narrativa de García Márquez si, por un momento, se analiza bajo el carácter peculiar del Caribe colombiano. El problema de lo regional y lo metropolitano suele presentarse en cada literatura nacional, y en *La formación de la literatura brasileña* (1959), Antonio Cándido habla de señalar “momentos decisivos”, es decir, según se presenten en una determinada época de la historia. A partir de esta noción, el crítico mexicano Víctor Barrera Enderle alerta sobre la necesidad de revisar términos como romanticismo, parnasianismo y tantos otros, mientras no se establezca un paradigma casero, mientras no se trabaje desde de las literaturas regionales: “Tal empresa significaría desde el comienzo un enfrentamiento directo con las estrategias de poder que han configurado nuestros cánones estéticos e ideológicos”.¹²

No hay que ignorar que en Hispanoamérica la literatura sirvió por mucho tiempo, según Pedro Henríquez Ureña, como “una coronación de la vida social, del mismo modo que la santidad era la coronación de la vida individual”.¹³ Ser escritor —sobre todo si se era poeta— daba enorme prestigio en Colombia. El poeta modernista Guillermo Valencia, en parte por el *prestigio* de su poemario *Ritos* (1899), aspiró, sin conseguirlo, tres veces a la presidencia de la República. Ya lo habían logrado “poetas menores”

como Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro a finales del siglo XIX. Los dos políticos colombianos que firmaron el Frente Nacional en 1956, Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo, se consideraban a sí mismos grandes oradores y prosistas, y cada uno, desde su trinchera política, fundó revistas y periódicos de enorme influencia: el primero, en 1936, *El Siglo* (después conocido como *El Nuevo Siglo*); el segundo, en 1947, la revista *Semana* (reeditada en 1983). En medio de ellos dos también había alcanzado la presidencia colombiana, entre 1938 y 1942, uno de los fundadores de *El Tiempo*, Eduardo Santos, merced al poder letrado de su diario. Pero casi nunca salió elegido un presidente escritor de novelas o de cuentos, y la respuesta está en que la narrativa trae siempre consigo cierta crítica social, cierta relatividad del mundo que no permite concesiones tan fáciles con el poder. Cuando en Venezuela resultó presidente el gran novelista Rómulo Gallegos, el autor de *Doña Bárbara* (1929, publicada cinco años después de *La vorágine*), “los militares — sin duda descendientes de Facundo Quiroga y también de los encantadores que importunaban a don Quijote— derrocaron a don Rómulo menos de un año después de su elección”.¹⁴

A lo largo del siglo XIX se escribieron en Colombia más de cien novelas, pero recibieron poca atención en los primeros manuales e historias de la literatura colombiana, que se centraban en la poesía, el género “socialmente” aceptado y “políticamente correcto”. Solo cuando apareció el *boom* latinoamericano, a comienzos de la década de los sesenta, nos recuerda Patricia Trujillo, “ya no se justificó debatir sobre qué tan meritoria era la función de la novela o sobre la importancia del género con respecto a la oratoria y la poesía”.¹⁵ Por fin la Academia de la Lengua, cuyos miembros se negaban a admitirla entre las *bellas letras*, apoyó un concurso nacional de novela patrocinado por la multinacional petrolera Esso en 1961. Gabriel García Márquez fue el primero en ganarlo, con su novela *La mala*

hora; más tarde saltó a la fama mundial con *Cien años de soledad* (1967), y en adelante se convirtió en el escritor más exitoso del *boom* latinoamericano y en uno de los más leídos del idioma después de Cervantes. El antiguo desdén o temor a la novela terminó por disiparse cuando ganó el Premio Nobel de Literatura en 1982; tanto así que a finales del milenio varios medios de comunicación lo escogieron como el personaje del siglo xx en Colombia, por encima de presidentes y políticos.

Y si *Cien años de soledad* ha sido a todas luces la novela más interpretada de la narrativa colombiana, esta historia bien podría plantearse bajo la tesis de Borges de que un gran escritor crea sus precursores, pues “su labor modifica nuestra concepción del pasado y del futuro”.¹⁶ Así, el crítico R. H. Moreno-Durán vio con acierto cómo *Cien años de soledad* tiene su precursor más remoto en *El Carnero* de Rodríguez Freyle, que narra, explícitamente, los cien años de fundación del Nuevo Reino de Granada (de 1538 a 1638).¹⁷ En ambas narraciones hay un trasfondo de mito y de archivo. En *El Carnero* aparece la voz de un indígena, de un nativo que documenta al narrador del pasado prehispánico de los muiscas en el altiplano cundiboyacense, con sus guerras hereditarias y sus ceremonias en la laguna de Guatavita. De similar forma García Márquez pone al gitano Melquiades como el poseedor del archivo que contiene la información sobre el origen, si no mítico, casi semítico, sefardí o judío de la familia Buendía, dejando a la curiosidad del lector por qué parecen huir de los piratas en La Guajira y levantan Macondo detrás de la Sierra Nevada de Santa Marta, a espaldas del mar, con el miedo latente de que alguien de su estirpe nazca con cola de cerdo.¹⁸

Como este estudio es una *historia* implica la aceptación tácita de que el punto de vista *histórico* es uno de los modos legítimos de estudiar la narrativa de ficción, pues presupone que se articula en el tiempo. Solo que no todas las obras del pasado han de exaltarse porque la memoria es

selectiva y la tradición, en la medida de lo posible, debería ser delgada en su corpus. Me he inclinado, pues, por la lectura directa de las obras que yo considero más importantes, acudiendo a la bibliografía crítica al uso sobre aquellas que más comento, pero adelgazando las referencias a dos o tres interpretaciones fundamentales. Dada la amplia bibliografía, he escogido citar las referencias específicas en los pies de página, conforme las utilizo en el fluir del texto; y he abierto al final un apartado de bibliografía selecta con referencias generales sobre narrativa colombiana y sobre el soporte teórico de este estudio.

Por lo demás, me parece importante señalar que en una era pluri-textual e interdisciplinaria, donde la sociedad del conocimiento solicita cada vez más la divulgación del legado literario e intelectual de un país, los trabajos de historiografía literaria resultan imprescindibles. Aportan un grano de arena al conocimiento de la cultura humana, bajo la idea de que nada de lo humano (en este caso, de lo colombiano) debería ser ajeno.

Sebastián Pineda Buitrago
México D.F., agosto de 2012

-
- 1 Véase *The Cambridge History of Latin American Literature*, ed. de Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
 - 2 Véase de Antonio Alatorre, *Los mil y uno años de la lengua española*, 3ª ed., FCE, México, 2003.
 - 3 Véase de Roberto González Echevarría, *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*, trad. de Virginia Aguirre Muñoz, 2ª ed. en español, FCE, México, 2011.

- 4 Alfonso Reyes, *El deslinde. Prolegómenos para una teoría literaria*, FCE, México, 1997, p. 109. No sobra decir que buena parte del vocabulario crítico de este libro parte de la teoría literaria de Alfonso Reyes.
- 5 Entre sus libros, además de *María*, Isaacs dejó un *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* (1884), que puede leerse también como una crónica de viaje; también publicó en *Hulleras de la República de Colombia en la Costa Atlántica* (1890) un informe de sus exploraciones de minas de carbón. Véase de José Eduardo Rueda Encizo, “Jorge Isaacs: de la literatura a la etnología”, en *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, vol. 21, n.º 038, 2007, p. 337. Disponible en: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/>
- 6 González Echevarría, *op. cit.*, p. 75.
- 7 Tomado de González Echevarría, *op. cit.*, p. 9.
- 8 Buena parte de la crisis de nuestros países, según el ensayista mexicano Adolfo Castañón, deberían ser entendidas como crisis jurídicas y en un sentido más amplio como crisis del lenguaje, crisis filológicas. “¿No es el español una lengua atrasada, de un ex imperio y de una serie de pueblos cuya única coartada parece ser la extravagancia –la lengua de una subespecie cultural que muy probablemente esté en extinción?” Más adelante, Castañón serena tal interrogación. “La buena noticia de la cantidad de hispanohablantes en el mundo debe templarse con el diagnóstico crítico de la enseñanza de las humanidades hispánicas y aun portuguesas en los países hispanoamericanos”. Claro: si nuestra imagen del mundo está determinada por la lengua materna, el papel de Hispanoamérica y España en el ámbito de la ciencia y de la cultura solo será fuerte en la medida en que se nutra de sus escritores. Véase de Castañón, “De la muerte considerada como una de las bellas artes”, en *Los mitos del editor*, Editorial Lectorum, México D.F., 2005, p. 167.

- 9 El término “comunidad imaginada” lo designó Benedict Anderson en su iluminador ensayo *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (publicado en diversas ediciones entre 1983 y 1991), en donde sentencia que el nacionalismo se funda en una concepción imaginaria, puesto que aun los integrantes de la comunidad más pequeña nunca sabrán de todos sus compatriotas ni se encontrarán con ellos, de tal suerte que la idea de una nacionalidad común solo existe en la mente. A partir de esta concepción, Doris Sommer concibió su libro *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*, trad. de José Leandro Urbina y Ángela Pérez, ed. de Sonia Jaramillo y Adriana de la Espriella, FCE, México, 2004.
- L0 *Obras completas de Gregorio Gutiérrez González*, ed. de Rafael Montoya Montoya, Editorial Bedout, Medellín, 1960, p. 25. Disponible en: <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/>
- L1 Rafael Gutiérrez Girardot, “La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío”, *Pensamiento hispanoamericano*, ed. de R. H. Moreno-Durán, UNAM, México, 2006, p. 272.
- L2 Víctor Barrera Enderle, “Apuntes para una teoría crítica regional latinoamericana”, en *La otra invención: ensayos sobre crítica y literatura de América Latina*, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León, Monterrey, 2005, p. 77. Disponible también en: <http://www.geocities.ws/>.
- L3 Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, FCE, México, 2001, p. 45.
- L4 González Echevarría, *op. cit.*, p. 205.
- L5 Patricia Trujillo, “Problemas de la historia de la novela colombiana en el siglo xx”, en *Leer la historia: caminos a la historia de la literatura colombiana*, UNAL, Bogotá, 2007, p. 81.
- L6 Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, Emecé, Buenos Aires, 1964, p. 148.